

corazones la sed del oro, el apetito de los goces físicos; mientras ignoran las dulzuras de la virtud, se les hace admirar las invenciones de la industria humana, jamás las obras de la omnipotencia divina. ¿Y qué acontece? Que llegados á la adolescencia, su espíritu, avezado ya á no juzgar de la realidad de los objetos, sino por las sensaciones físicas, reputa por una quimera todo lo que no ve con los ojos del cuerpo. Así se llega á esa ceguedad espiritual, que las pasiones de la mocedad vienen á hacer más profunda y más difícil de curar.

Nuestra sociedad está enferma de gravedad; todos lo confiesan. Por mi parte, digo sin vacilacion ni temor, que esta enfermedad no es otra que la ceguedad espiritual, hija de la ignorancia, y madre del olvido de Dios: ¡Desgraciados de aquellos ojos ciegos que no os ven, Dios mio! Las naciones son susceptibles de curacion, es verdad, puesto que el Espíritu Santo nos lo asegura; pero á no obrarse un prodigio, esta curacion solo puede alcanzarse estudiando la religion, con preferencia á todas las cosas del mundo. Mientras á los padres les ciega la ignorancia de las verdades de la religion, no serán aptos para dirigir á sus hijos; que si un ciego guia á otro ciego, nos dice Jesucristo, ambos caerán en el abismo.

El profeta Isaias atribuia en otro tiempo á la ignorancia el cautiverio del pueblo judío. Mi pueblo, decia, ha sido reducido á la esclavitud, porque no ha poseido la ciencia: *Propterea captivus ductus est populus meus, quia non habuit scientiam*. El cautiverio más deplorable á que puede verse condenado el hombre, no es el que le encadena de piés y manos, sino indudablemente el que avasalla el espíritu, bajo el instinto brutal de las pasiones, y oprime la inteligencia con las cadenas del error y de las preocupaciones. No recibiendo entónces el alma más que sensaciones materiales, que proceden del exterior, la vida intelectual se extingue paulatinamente, la vida animal cobra mayor imperio, y absorbe todos los pensamientos, todos los deseos, las afecciones todas: Dios es una mera palabra, una abstraccion; y para esas almas no existe; ¡tan poco se acuerdan de él! Tal vez se crea todavía el hombre dotado de un alma inmortal; pero ni siquiera piensa en procurarla una felicidad eterna.

Si se reconociese la ignorancia, seria ménos funesta, y la ceguedad, por ella ocasionada, más fácil de curar; pero ¡ay! ¿quién quiere reconocer que ignora la religion? Todos hablan de ella, todos la juzgan, y nadie la estudia. Algunas nociones de catecismo, casi enteramente olvidadas, no bastan ciertamente para juzgar el dogma, y apreciar la moral; de forma, que las más de las personas de que hablo, consideran la religion como una institucion humana, sus mis-

terios como invenciones, ó, á lo más, como figuras; su moral como preocupaciones populares; y á su autor como á un gran genio, y no como á un Dios. Por eso no frecuentan los sacramentos, por eso vienen raras veces á nuestros templos. La impiedad que ciega, es, pues, el fruto de la ignorancia, y ésta lleva casi siempre consigo un carácter de terquedad.

2. La segunda causa de la ceguedad del espíritu la encuentro en el orgullo. La ciencia envanece, dice S. Pablo: *scientia inflat*. Hay en el mundo varones recomendables por su saber en las ciencias humanas, pero cuya razon orgullosa se desdeña de someterse á las verdades de la fe, habiéndolas solamente estudiado de una manera muy imperfecta, y mirándolas á través de las preocupaciones de su entendimiento. Despreciando la sabiduría de Dios, se forma una sabiduría á su gusto. No sabe nada, y cree entenderlo todo; de suerte, que la ciencia orgullosa y la ignorancia soberbia ciegan igualmente. Por esta razon, entre los judíos, los doctores de la ley, los escribas y fariseos no estuvieron ménos cegados respecto de Jesucristo, que el mismo pueblo. Ni el cumplimiento de las profecías, ni el esplendor de los milagros pudieron convencerles de la venida del Mesias; y es, que la verdad produce en los orgullosos el mismo efecto que los rayos del sol en los ojos enfermos; en vez de iluminarlos, los ofuscan; de modo, que se cierran para no verlos. No hay, pues, que extrañarse, de que habiendo presenciado los milagros del Salvador, no se convirtiesen los judíos, ni les sorprendiera la excelencia de su doctrina. Por el contrario, se irritaron, porque el orgullo les impedia recibir la luz que les incomodaba; por eso intentaron extinguirla, condenando á muerte al que vino á salvarles.

Pero, si el orgullo ciega respecto de la verdad, que resplandece á los ojos del entendimiento para convencerlo, no ciega ménos relativamente á la luz que penetra en la conciencia, para iluminarla sobre la moralidad, ó el valor de sus actos. Como lo dice nuestro Señor Jesucristo, vemos fácilmente una paja en el ojo ajeno, al paso que no vemos la viga que nos tapa la vista. Nada más comun que esta ceguedad; y si quisiéramos recogerlos y reflexionar seriamente sobre nuestro modo de obrar, veríamos, que tenemos dos pesos y dos medidas, que sinceramos en nosotros, lo que juzgamos inexcusable en los demás; que condenamos al prójimo con tanta facilidad, como nos absolvemos á nosotros mismos. Decimos muchas veces de las personas que nos rodean, que no son justas, y no echamos de ver, que se nos puede notar de injustos al juzgar así á los otros. De tal suerte

nos ciega el orgullo, que lo que hacemos nosotros, nos parece diferente de lo mismo que los demás han hecho.

Fuerza es que temblemos, hermanos míos, al pensar, que bajo la influencia del orgullo que nos domina, somos probablemente muy distintos de lo que nos figuramos. Nuestra conciencia, decimos, de nada nos acusa, nada grave nos afea, y estamos tranquilos. Sí; pero, ¿no es esta tranquilidad el efecto de nuestra ceguedad? Un objeto expuesto á una media luz parece de una blancura esplendente, al paso que, herido de los rayos del sol, dejará ver numerosas manchas. ¿No sucede lo mismo con nuestra conciencia? ¿No juzgamos de nuestros pensamientos ó acciones á las falsas luces del mundo, en vez de considerarlos á la pura luz del Evangelio? Quizá vuestra seguridad es hija de vuestra ceguedad, y ésta puede ser muy bien el castigo de vuestros pasados desórdenes. Transportaos al tiempo en que las pasiones no habian introducido todavía el desorden en vuestra alma, y vereis, que lo que ahora deja tranquila vuestra conciencia, hubiera entónces excitado en vosotros el aguijon de los remordimientos. ¿Será porque las tinieblas del pecado han eclipsado en vosotros la luz de la inocencia, ó porque vuestro orgullo, no queriendo ser abatido, se complace en vuestra actual conducta, en razon á que es algo ménos criminal que antes? Sondead estos terribles problemas, y exclamad con el ciego del Evangelio: Señor, haz que yo vea: *Domine ut videam*. Pues aun estais lejos de mirar el pecado con el horror que infundia á los santos, que prefirieron morir á cometerle.

5. La tercera causa de la ceguedad espiritual es el amor á los objetos sensibles. Dios puso al hombre entre dos mundos, el uno material y el otro invisible; perecedero el uno, y eterno el otro. En seguida le dió un alma capaz de conocer el bien supremo, de apreciarle, y hacer de él su tesoro. Este impulso espontáneo de la criatura racional era el único homenaje digno del Criador del universo, y, al mismo tiempo, el único honroso para el sér privilegiado que debía rendirle. Pero aunque el hombre recibió luces suficientes para conocer á Dios, no le ha glorificado como debía, amándole y adorándole. Su corazón se ha vuelto á las criaturas; y como la luz no viene de ellas, se ha encontrado en las tinieblas, segun la expresion de S. Pablo: *Obscuratum est insipiens cor eorum*. Estas tinieblas, efecto del sensualismo práctico, pueden compararse, amados oyentes, con aquellos vapores mefíticos, que se ven elevar en los aires de las hondonadas cenagosas, y acaban, acumulándose, por detener los rayos del mismo sol en la mitad de su carrera, esto es, cuando los despiden con mayor fuerza.

Sí, amados hermanos míos: el materialismo práctico, como una densa niebla, detiene los rayos de la verdad é impide ver todo lo que no es materia; es el origen de la indiferencia por la salvacion, de la duda en materia de fe, y hasta de la incredulidad. El hombre animal, dice el apóstol S. Pablo, no ve las cosas que se refieren al espíritu de Dios; para él son una quimera; no puede comprenderlas: *Animalis homo non percipit ea quæ sunt spiritus Dei; stultitia enim est illi et non potest intelligere*. Notad, amados hermanos míos, esta expresion de S. Pablo: el hombre animal, *animalis homo*. En efecto; el que ya no piensa en cumplir con Dios los deberes que le impone el agradecimiento; el que de ningun modo se ocupa en la salvacion de su alma inmortal; en una palabra, aquel cuyos pensamientos, palabras, afectos y acciones todas son para la tierra, aquel, repito, es un hombre animal: hombre, por su naturaleza; animal, por su conducta. No soy yo, no es S. Pablo quien le pone en el lugar del bruto, sino que él se rebaja libremente á su nivel, y, por decirlo así, á sabiendas. ¿Cuántas veces no se ha dicho desde el púlpito: Pensad en Dios, pensad en vuestra alma, pensad en la eternidad!

¡Ah! ¡qué escasos son los hombres, que saben sacudir enteramente el imperio de la materia, que fascina las miradas del alma misma, y la impide ver su propio bien! Considerad á ese libertino, á ese voluptuoso, esclavo de sus viles pasiones; no ve, que no solamente pierde su alma, olvidándose de su Criador, sino que destruye su salud y acorta sus dias. Mirad á ese padre insensato, que se aparta de su deber, dominado por la pasion del juego y por la esperanza de enriquecerse en un instante; no ve que su familia entera se verá presto reducida á la mendicidad. Ved á esa mujer veleidosa y disipada; no ve que sus ligerezas y sus criminales imprudencias la exponen á despertar las sospechas de su esposo, á turbar la paz de su familia, á cubrirla de deshonor. Observad á esa jóven mundana; no ve que la hacen promesas falaces, que tienden celadas á su virtud, y que está para naufragar tristemente. Y su madre imprudente y ciega, tampoco ve lo que es ya público y notorio. Contemplad tambien á ese hombre codicioso, que sacrifica su salud, su reposo, su probidad, su honor, para amontonar tesoros, que unos herederos ávidos se disputarán tal vez, aun antes de que haya rendido su alma al Criador. Hubiera podido atraerse con limosnas las bendiciones de Dios y de los hombres, y con su avaricia no ha hecho más que enriquecer á unos ingratos.

Tal es la ceguedad que origina el amor á la riqueza y á los placeres. Hubiéramos podido desarrollar y ennegrecer aun más el cua-

dro; pero bástenos añadir, que todas las pasiones, que la religion condena, precipitan al hombre en una funesta ceguiedad, haciéndole olvidar, que él no es todo materia. Importa, pues, amados hermanos míos, prevenirle contra tamaño peligro, y pedir á Jesucristo, con el Ciego del Evangelio, la gracia de la luz, para caminar con seguridad por la via de la salvacion.

¡Oh Jesús! tú, que durante tu vida mortal volviste la vista á los ciegos que á tí acudian, desvanece las tinieblas de que el pecado ha llenado nuestra alma; ilumina á los ciegos que llenan el mundo. Tú eres la verdadera luz. Iluminanos, pues, para que no tengamos la desgracia de extraviarnos del camino de la virtud, el único que conduce á la verdadera felicidad, que á todos os deseo. Amen.

DIVISIONES.

CEGUEDAD.—La ceguiedad del pecador es terrible.

- 1.º Cuando la ha merecido.
- 2.º Cuando no se apercibe de ella.
- 3.º Cuando la quiere.

CEGUEDAD.—Hay pecadores cuya ceguiedad es irremediable, porque no quieren dejarse ilustrar sino por otros tan obcecados como ellos.

Hay pecadores obcecados y que, sin embargo, quieren ilustrar á los demás.

CEGUEDAD.—La ceguiedad de la ciencia vuelve á los hombres soberbios y tercios.

La que trae consigo la ternura, nos vuelve injustos é impúdicos.

La que produce el temor nos amilana é induce á la desesperacion.

CEGUEDAD.—En las correcciones debemos recelarnos de la ceguiedad del error, que nos oculta la grande enormidad de nuestro pecado.

En las aflicciones debemos estar prevenidos contra la ceguiedad del amor propio, porque nos impide convencernos de la necesidad de la penitencia.

Al evitar las ocasiones de pecar debemos precavernos de la ceguiedad de la presuncion, porque nos oculta la debilidad propia para resistir á nuestro enemigo.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Indurabo cor ejus, et non dimittet populum meum. EXOD. IV, 21.

Yo endureceré su corazon, y no dejará partir á mi pueblo.

Deus meus, illumina tenebras meas. PSALM. XVII, 29.

Esclarece, Dios mio, mis tinieblas.

Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra. PSALM. XCIV, 8.

Hoy mismo, si oyereis su voz, guardaos de endurecer vuestros corazones.

Non audivit populus meus vocem meam... et dimisi eos secundum desideria cordis eorum; ibunt in adinventionibus suis. PSALM. LXXX, 12 y 13.

Mi pueblo no quiso escuchar la voz mia.... y así los abandoné, dejándolos ir en pos de los deseos de su corazon, y seguir sus devaneos.

Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis; viam autem Domini ignoravimus. SAP. V, 7.

Nos hemos fatigado en seguir la carrera de la iniquidad y de la perdicion, sin conocer el camino del Señor.

Impius, cum in profundum venerit peccatorum, contemnit. PROVERB. XVIII, 3.

De nada hace ya caso el impío, cuando ha caido en el abismo de los pecados.

Cor durum habebit male in novissimo. ECCLE. III, 27.

El corazon duro lo pasará mal al fin de la vida.

Recede à nobis: scientiam viarum tuarum nolumus. JOB. XXI, 14.

Apártate de nosotros (dijeron á Dios los impíos), que no queremos saber nada de tus mandamientos.

Scivi enim quia durus es tu, et nervus ferrens cervix tua, et frons tua aerea. ISAI. XLVIII, 4.

Porque sabia yo que tú eres un pueblo duro, y que tu cerviz es de nervios de hierro, y tu frente de bronce.

Ambulabunt ut cæci, quia Domino peccaverunt. SOPHON. I, 17.

Andarán (los hombres) como ciegos, porque han pecado contra el Señor.

Contristatus est Jesus super cecitate cordis eorum. MARCH. III, 5.

Deploró Jesús la ceguiedad de su corazon (de los fariseos).

Dilexerunt homines magis tenebras, quam lucem. JOANN. III, 19.

Los hombres amaron más las tinieblas que la luz.

Obscuratum est insipiens cor

Quedó su insensato corazon lle-

eorum... tradidit illos Deus in reprobum sensum. ROM. I, 21 ET 28.

Non obduretur quis ex vobis fallacia peccati. HEBR. III, 13.

no de tinieblas.... Dios los entregó á un réprobo sentido.

Ninguno de vosotros llegue á endurecerse con el engañoso atractivo del pecado.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Bien sabida es la ceguedad de que dió pruebas Faraon al despedir, por orden de Dios, al pueblo de Israel. EXOD. CAP. 7 AL 14.

Todavía admira más la ceguedad de los israelitas, que despues de haber experimentado visiblemente la proteccion de Dios, por medio de tan asombrosos prodigios y repetidos favores, incurren en la idolatría, y se rebelan tantas veces contra Dios y Moisés: por esto el Señor los llama: *populus stulte, et insipiens*; EXOD. XXXII; y en otra parte dice: *video quod populus iste duræ cervicis sit*; etc. DEUTERON. XXXII.

En todo el antiguo Testamento no hay imágen más viva y acabada de la ceguedad del pecador, que Sanson preso, hecho ciego y condenado por los filisteos á mover, como un irracional, la rueda de un molino. JUDIC. XVI.

La conducta de Salomon, es tambien una prueba inconcusa de la degradacion y ceguedad á que conducen al hombre sus pasiones brutales. Con ser el hombre más sábio de todos los mortales, y de un corazon tan piadoso para con Dios, prendado de las mujeres extranjeras, llegó á tal extremo de impiedad y de locura, que levantó templos y ofreció incienso á sus ídolos. III. REG. XI.

Véase tambien en el libro de Daniel la perversa conducta de aquellos dos ancianos que, abrasados del fuego de la lujuria, solicitaron torpemente la casta Susana, DANIEL XIII; y de los cuales dice el sagrado texto, que *declinaverunt oculos suos, ne viderent cælum*.

En el santo Evangelio se nota tambien la terrible ceguedad de los escribas y fariseos, especialmente en la curacion del Ciego de nacimiento, JOANN. IX; y en la resurreccion de Lázaro. ID. XI.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Peccatoris mens tanto altius tenebrescit, quanto nec damna sue cæcitatís intelligit; unde fit,

Tanto más se oscurece el entendimiento del pecador, cuanto ménos conoce el mal de su cegue-

divino munere, ut flagella oculos delinquentis aperiant, quos inter vitia securitas cæcabat. S. GREG. LIB. 6. MORAL. C. 17.

Non cor peccantis Dominus obdurat, sed obdurare dicitur, cum ab obduratione non liberat. ID. HOM. 4. IN EZECHIEL.

Sicut cæcus non potest aspicere in splendorem luminis, sic non potest intelligere homo malignus mysteria pietatis. S. CHRYSOST. HOM. 40 IN MATTH.

Ira Dei est non intelligere delicta, ne sequatur pœnitentia, sicut scriptum est: Dedit illis Deus oculos, ut non videant, et aures ut non audiant. S. CYPRIAN. EPIST. 3.

Cæcitatís duæ species facile concurrunt, ut qui non vident quæ sunt, videre videantur quæ non sunt. TERTULL. APOL. C. 9.

Non obdurat Deus impertiendo malitiam, sed non impertiendo misericordiam. S. AUG. EPIST. 105 AD SIXTUM.

Tollantur alicui oculi corporis; omnes miserum dicunt: perdat oculos mentis, sed tamen circumfluant omnia temporalia; felicem appellant. ID. IN PSALM. 68, SERM. 2.

Ambulabam per tenebras et lubricum, et querebam te foris a me; et non inveniẽbam Deum cordis mei. ID. LIB. 6. CONFESS. C. 1.

Merito obscuratum est insipiens cor eorum; quia cum veritatem

dad; sucediendo, por una especial gracia de Dios, que los castigos abren los ojos del pecador, cerrados por la impunidad del vicio.

El Señor no endurece el corazon del pecador; pero decimos, que lo endurece en el sentido de que no ablanda.

Así como el ciego no puede ver el resplandor de la luz, así el pecador obstinado no puede comprender los misterios de la gracia.

La ignorancia de la enormidad de los pecados es efecto de la ira divina, para que no haya lugar á la penitencia, conforme está escrito: *Dióles Dios ojos, pero no vieron; dióles oidos y no oyeron.*

Es muy fácil incurrir en la doble ceguedad de no ver las cosas como son en sí, y empeñarse en ver las que no existen.

No endurece Dios al hombre infundiéndole la malicia, sino negándole su misericordia.

Privada á uno del sentido de la vista, y todos le compadecerán por desgraciado: pero si pierde la vista del alma, mientras sea rico, le llamarán feliz.

Caminaba en medio de las tinieblas y de la lubricidad, os buscaba fuera de mí; por esto no encontraba al Dios de mi corazon.

Con razon se oscureció su corazon necio (de los pecadores):

*cognoscerent et contemnerent, ju-
re receperunt in pœnam, ut nec
cognoscerent eam.* S. BERN.
EPIST. 3.

*Queris quid sit cor durum; si
non expavescis, tuum est.* S. BER-
NARD. LIB. 1 DE CONSID.

Véase: CIEGO DE NACIMIENTO;—CIEGOS VOLUNTARIOS.

CELO.

I.

*Ignem veni mittere in terram, et quid volo
nisi ut accendantur?*

Yo he venido á poner fuego en la tierra,
¿y qué he de querer sino que arda?

(Luc. xii, 49.)

¿Qué misterioso fuego es ese, amados hermanos míos, que Jesucristo vino á poner en la tierra, y en el que desea que ardan todos los corazones? Este fuego divino, cuya hoguera está en el centro de Dios mismo, es la caridad por esencia; este es el fuego divino, que el Espíritu Santo derramó á torrentes sobre los apóstoles en el cenáculo, y que los apóstoles llevaron luego á los ángulos del mundo; este es el fuego sagrado, que los ministros del Señor se complacen en comunicar al corazón de los fieles; es la llama divina que les agita, les envuelve... Y vosotros también os complacéis en decir: *Quid volo nisi accendantur?* Este es el fuego sublime en que yo deseo encender vuestros corazones, y que yo quisiera comunicar á los que ignoran sus santas delicias. Explicaré, pues, los motivos, que deben animar nuestro celo, y las calidades que deben sobresalir en su ejercicio. Tal será el asunto y división de mi discurso. Imploramos, etc. A. M.

1. Cuando volvemos los ojos á lo que pasa en torno nuestro, hermanos míos, vemos á los enemigos de la religion esparcir á manos llenas las semillas, las doctrinas nuevas: impacientes por recoger sus frutos, se dirigen á todas las edades y condiciones. Lisonjean á los grandes, á los ricos, y les tienden los lazos de la ambicion y de la voluptuosidad: cautivan á los pobres y á los débiles, apartando sus miradas de los tronos que les aguardan en el cielo, para mostrarles puestos elevados en la tierra. Engañan á los ancianos, tapizando de flores la tumba que se entreabre á sus piés; descarrian á la juventud, deslumbrándola con el esplendor de una mentida libertad, y exaltando su ardiente imaginacion con la ruidosa exposicion de las supuestas conquistas del espíritu moderno sobre los tiempos antiguos. Y ¿acaso no procuran también insinuarse en el corazón de las mujeres, por medio de los libros impíos y fantásticos, que muchas veces dejan en la imaginacion impresiones de duda, y en el corazón el fuego de pasiones criminales? ¡ Ah! todos lo estamos viendo; la fe mengua, la caridad se entibia, la iniquidad abunda en todas partes, y vosotros, hermanos míos, gemís de continuo en lo recóndito de vuestra alma. Más, yo os pregunto, si permitireis, que á Dios se le arrebaten sus adoradores, á la Iglesia sus servidores más fieles; si cuando están levantados tantos brazos para hacer caer á sus golpes á las almas redimidas por la sangre de Jesucristo, no hareis nada para salvarlas; si no tendreis tanto celo para reconquistar las almas á Jesucristo, como los malos lo muestran cada dia para perderlas. ¡ Ah! no me digais, hermanos míos, no me digais que habeis de cumplir con otros deberes; que, lanzados en medio del mundo, os acosan mil atenciones, mil solicitudes; que, bien mirado, el sacerdote fué puesto á la entrada del santuario para cuidar de la custodia de la divinidad, de la pompa de su culto, del triunfo de su gloria, de la reforma de las costumbres, de la predicacion de las santas doctrinas, de la salvacion del prójimo. Yo os contestaré, por mi parte, que el deber del cristiano es mostrarse defensor de la causa de Dios, bienhechor de sus hermanos, colaborador en Jesucristo en la grande obra de la Redencion. Este glorioso ministerio no corresponde exclusivamente al cura, si que también á los fieles; y si vosotros rehusareis aceptar este honor y cumplir con este deber, faltariais á vuestra fe, borra-riais en cierto modo de vuestra frente el signo del cristianismo.

El ejercicio del celo va á convertirnos en defensores de la causa de Dios. ¿Qué es el celo? El celo, dice Guillermo de París, es el guardian del honor y de la gloria divina. El celo, dice S. Ambrosio, no es otra cosa que la caridad. El celo nos une con Dios, nos identifica